

## **Sobre Darío y su 'filosofía'**

Por Mario Montalbetti

Reconozco que hay un cierto facilismo en lo que voy a decir y que lo que va a salir será algo muy personal que no me alegra gran cosa hacer público. Escribo como lector y poeta. Creo que lo del facilismo es evidencia de lo mal que ha envejecido Darío. No estoy seguro tampoco de que haya tenido una madurez envidiable. Por decirlo de una vez, Darío me empalaga, me hace no querer seguir leyendo, sobre todo me irrita mucho su esplendorosa banalidad. Esto último me preocupa: ¿por qué no simplemente ignorarlo y dejarlo de lado? A veces pienso (casi como disculpa) que uno debe considerar que Darío escribió en el XIX pero entonces pienso inmediatamente en una serie de escritores que también lo hicieron y que no son tan escolares como Darío. Pienso en Emily Dickinson, Baudelaire, Robert Browning, a quienes puedo leer sin irritación hoy en día. He dicho de Darío que es escolar. Leo "Lo fatal" (aparentemente uno de sus puntos altos) y no puedo esquivar su pavorosa ingenuidad ni sus pesadas consonancias.

Hay un poema suyo que conocí muy temprano. Se titula "Filosofía". El poema comienza diciendo

Saluda al sol araña, no seas rencorosa.  
Da tus gracias a Dios, ¡oh sapo!, pues que eres.

Puede ser ingenioso, admito. No mucho más. Pero detrás del ingenio hay olor a ese yo que fue inventado por la modernidad, un yo cómodamente sentado en el centro del lenguaje o de lo que ese yo cree que es el centro del lenguaje. Está en el centro y habla desde ahí, pontificando, poniendo las cosas en orden; es un olor a casa de tía un domingo por la tarde o a seminario religioso: espeso, acre, inciencioso (si se pudiera decir). Los seres inferiores (arañas, sapos) deben rendirle homenaje a los supuestamente superiores (el Sol, Dios). Curioso que la luminosidad inorgánica del sol esté por encima de la vida animal o que la existencia evidente del sapo deba ceder e inclinarse ante un ser cuya improbabilidad se hace cada vez más probable si requiere, para subsistir, de dicha pleitesía. Tal vez no sea tan extraño encontrar todo esto en Darío. El brillo sobre la opacidad, la apariencia sobre cualquier otra cosa. No olvidemos que fue periodista y diplomático. La continuación es temible,

El peludo cangrejo tiene espinas de rosa  
y los moluscos reminiscencias de mujeres.

Darío insiste en que los seres inferiores participan de ciertos atributos que corresponden a seres superiores. Los cangrejos se acomodan con las rosas, los moluscos con las mujeres. Confieso que estas asociaciones me confunden y me parecen de mal gusto. No es muy reconfortante tampoco que Darío ponga sus versos bajo el título de “Filosofía”. ¿Se trata de su filosofía, de sus creencias? Pero hay más:

Sabed ser lo que sois, enigmas siendo formas;  
dejad la responsabilidad a las Normas,  
que a su vez la enviarán al Todopoderoso...

El metro ahora se vuelve torpe y las ideas más aún. “Sabed ser lo que sois” es un lema digno del mejor conformismo social, de una *stasis* paralizante. ¿No leyó a Nietzsche, casi exactamente su contemporáneo, quien prefería la fórmula “llegar a ser lo que se es”? La torpeza es cuasi platónica: asignarle al enigma de las formas una solución primero autoritaria (las Normas, así con mayúscula y todo) y luego más autoritaria aún (el Todopoderoso, también con prestigio tipográfico).

Estoy dispuesto en este punto a abandonar cualquier posibilidad de salir decorosamente del poema. Pero falta la última línea,

(Toca, grillo, a la luz de la luna, y dance el oso.)

Nada mejora mucho, es verdad: el insecto hace música, el oso danza. Más animales ennoblecidos por participar en ejercicios que Darío identifica con seres superiores. El grillo “sabe ser lo que es” haciendo sus ruidos que son música y el oso danza. Darío parece aprobar este circo en el que las bestias se humanizan apenas. Pero si algo sabemos es que los animales bailan mal o decimos que lo hacen sólo como concesión metafórica. Extraño espectáculo ‘filosófico’ éste de peludos cangrejos y arañas envidiosas.

Y, sin embargo, justo en el momento en el que todo no hace sino confirmar mi irritación y empalago, algo me llama la atención. ¿Ha colocado Darío el último verso entre paréntesis? ¿Por qué? No lo sé y supongo que hay muchas soluciones posibles. Es un gesto inusual e incluso inadecuado pero brilla como una señal de socorro en medio de un mar opaco. No logra salvarme el poema pero reconozco en esos paréntesis una intriga llamativa. Tal vez el poema se haya quedado conmigo todo este tiempo justamente por ese enigma de la forma, pero es un enigma que ninguna Norma ni Todopoderoso puede

explicar ni regular. No hay nada dentro de esos paréntesis, ni grillos ni osos, sino un hueco sin Darío desde el cual, cien años después, algunos de nosotros logramos escribir.

**Mario Montalbetti** (Perú). Es poeta y ensayista. Fundó la revista *Hueso Húmero*, junto a Mirko Lauer y Abelardo Oquendo en 1979 y es, hasta la actualidad, miembro del consejo editorial. Publicó los libros de poesía *Perro negro. 31 poemas* (1978), *Fin desierto* (1995), *Fin desierto y otros poemas* (1997), *Llantos Elíseos* (2002), *Cinco segundos de horizonte* (2005), *El lenguaje es un revólver para dos* (2008), *8 cuartetas contra el caballo de paso peruano* (2008), y *Apolo cupisnique* (2012). *Lejos de mí decirles* es el título de su obra reunida, publicada en México en el año 2013 y reeditada en España en 2014. Entre sus libros de ensayo se cuentan *Cajas* (2012) y *Cualquier hombre es una isla* (2014). Es Profesor Principal de Lingüística en la Pontificia Universidad Católica del Perú.